

# **Papeles de la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid**

**Nº 6, 15 de octubre de 2015.**

## ***“Un reto de nuestro tiempo: redescubrir América Latina”***

**José Luís Abellán**

**Ex Presidente del Ateneo de Madrid.**

### **Presentación**

Con esta conferencia, pronunciada el 15 de octubre de 2015 en el Ateneo de Madrid, comenzamos el ciclo “América en la conciencia de la España actual”, con el que iniciamos una campaña dedicada a poner en valor las relaciones de España con América Latina y la necesidad de que nuestro país establezca una relación más intensa con todos y cada uno de los países latinoamericanos. Pretendemos de esta manera, apoyados por numerosos americanistas, extraer argumentos y propuestas para elaborar un nuevo discurso sobre las relaciones entre España y América Latina.

Nadie más indicado para iniciar esta tarea que José Luís Abellán, autor de obras como *La idea de América. Origen y evolución*, Istmo, Madrid, 1972; *El exilio español de 1939*, 6 vols., Taurus, Madrid, 1976-78 (Director de la obra y colaborador de ella en los tomos I, III y VI); *Historia crítica del Pensamiento español*, 7 volúmenes, Espasa-Calpe, Madrid, 1979-1991 (Hay una edición especial de la obra en el Círculo de Lectores, Barcelona, 1992); *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América* (Obra coordinada en colaboración con [Antonio Monclús](#) desde la Asociación de Investigación y Especialización sobre Temas Iberoamericanos (AIETI), 2 vols., Anthropos Barcelona, 1989) o *La Escuela de Madrid. Un ensayo de filosofía*, Asamblea de Madrid, Madrid, 1991 (escrita en colaboración con Tomás Mallo).

Es nuestra intención sumar a esta reflexión a autores contemporáneos e instituciones que hayan manifestado cierto interés por las problemáticas relaciones entre España y América Latina y avanzar con un sentido de futuro hacia una ampliación y mejora de las mismas.

### **Sinópsis**

Se refiere José Luis Abellán en su conferencia a distintos momentos de la contraposición entre Estados Unidos y la defensa de la identidad latinoamericana y

como contra el proyecto de anglosajonización hay que contar con la aparición de diversas formas de hispanidad, proceso en el que también hay que encuadrar la creación de las Cumbres Iberoamericanas, que tantas dificultades están teniendo en los últimos tiempos.

Se considera además el crecimiento y la expansión de la lengua española en todo el continente, que la convierten en un espacio común, diluyéndose la dicotomía Norte-Sur.

El restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos, el acercamiento y mutua colaboración entre Brasil y México o la multiplicación de las relaciones con China, por ejemplo, muestran la necesidad de redescubrir América Latina.

Todo ello es denotativo también de que la americanidad ha adquirido sentido propio y su redescubrimiento impone tener en cuenta nuevos criterios y valores que tendrán que ir desvelándose en el futuro.

España ha de implicarse en este proceso, no puede mantenerse ajena a dicha evolución, apoyándose en un futuro compartido y dando sentido a lo que sin duda ha de ser un mundo nuevo.

## **Conferencia**

La entrada en el siglo XXI ha supuesto un cambio revolucionario en todo el mundo y de trascendencia universal. Si quisiéramos especificar su rasgo más importante no cabe duda que éste sería la llamada “globalización”, sin olvidar que en este proceso se implican las nuevas tecnologías de la comunicación: internet y móviles, sustancialmente; son ellas las que nos permiten estar en contacto con todo el mundo en cuestión de segundos. Naturalmente, esto supone un cambio radical en las relaciones de cada país con el resto del planeta.

En este estudio vamos a detenernos en ver cómo se refleja dicho cambio en América Latina, repercutiendo en sus relaciones internacionales, incluso las habidas dentro del propio continente.

En primer lugar, debemos constatar el profundo giro que se ha dado en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina como elementos culturales contrapuestos. Si América Latina se identifica con la tradición humanista y los ideales éticos de la cultura clásica, en Estados Unidos se ve el triunfo del positivismo y la industrialización como potencial cultural *in crescendo*. Muy bien refleja esta contraposición José Enrique Rodó en su famoso Ariel (1900) donde Ariel y Calibán se presentan como prototipos de dos civilizaciones distintas: la hispánica y la anglosajona. En 1905 Rubén Darío consolida dicha contraposición en su libro Cantos de vida y esperanza, donde la explosión del optimismo hispánico se enfrenta al impulso avasallador del Norte, reflejado en el Presidente Roosevelt, tal como especifican sus versos:

Eres los Estados Unidos,

eres el futuro invasor

De la América ingenua que tiene sangre indígena

Que aún reza a Jesucristo y aún habla español

.....

Los Estrados Unidos son potentes y grandes

Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor

Que pasa por las vértebras enormes de los Andes

.....

Más la América nuestra que tenía poetas

Desde los viejos tiempos de Natzahuallcoyotl

la América fragante de Cristobal Colón,

la América católica, la América española

que tiembla de huracanes y que vive de amor,

hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive

Y sueña. Y ama y vibra, y es la hija del sol.

Tened cuidado ¡Vive la América española!

Hay mil cachorros sueltos del león Español.

La contraposición entre Estados Unidos y la América Latina –heredera del Imperio español- se mantuvo prácticamente durante todo el siglo XX, aunque con matizaciones importantes entre una y otra época. No es ajeno a este proceso una cierta “marxistización” de determinados sectores sociales; el caso más claro de dicha “marxistización” es la Cuba de Fidel Castro, bajo cuyo proceso se ocultaba una defensa de la identidad nacional y una propuesta de emancipación patriótica.

No es extraño por eso que la Cuba “marxista” fuese apoyada por tantos vectores de los países de América Latina –fuesen naciones o personas-, que no ocultaban sus simpatías fidelistas.

En el proceso de defensa de América Latina como parte de la identidad propia y en contra del proyecto de anglosajonización, hay que contar con la aparición de diversas formas de hispanidad, ya fuese de derechas (la tendencia franquista de “cultura hispánica”) o se inclinasen a propuestas de izquierda (“socialismo hispánico”,

“revolución cultural”, etc.). En ese proceso hay que encuadrar la creación de las Cumbres Iberoamericanas, que tantas dificultades están teniendo en los nuevos tiempos.

Aunque la dicotomía Norte-Sur se mantuvo a lo largo de todo el siglo XX, no dejaron de aparecer fenómenos que aminoraron la tensión. Entre ellos ocupa un lugar de primer orden el crecimiento de la demografía latinoamericana en el espacio norteamericano. Hoy en día son muchos los millones de latinos que habitan en los Estados Unidos, y todos ellos con su periodismo, sus revistas, sus radios y televisiones y esto sin dejar de tener en cuenta la expansión del mundo “chicano” con características propias.

El hecho global a tomar en consideración es el crecimiento y expansión de la lengua española en todo el continente. En los Estados Unidos se formaliza este aspecto con el desarrollo universitario de los Departamentos de estudios de Lengua Española. Y en lo que se refiere a Latinoamérica propiamente dicha la aparición y desarrollo del llamado “boom” de la novela ha marcado la constitución de un mundo nuevo conocido como realismo mágico al que se ha dado en llamar Macondo, utilizando la expresión de García Márquez.

Aparece así –como manifestación de la globalización- la aparición de un espacio común de la lengua española que se extiende por todo el continente como un espacio compartido donde nuevos valores se han hecho presentes. Así la dicotomía Norte-Sur se va diluyendo para constituir una nueva realidad.

En este nuevo ámbito es donde se entiende que la vieja dicotomía Ariel-Caliban haga crisis hasta el punto que dos mundos tradicionalmente enfrentados como el de Cuba y Estados Unidos puedan llegar a entenderse. La reciente noticia de que ambos países estén planteando tener Embajadas propias en cada uno de ellos habrá dejado boquiabiertos a muchos lectores, pero sólo situada en el contexto de la ruptura dicotómica a que antes he hecho alusión puede entenderse.

Es así como se comprende aplicada a América Latina el sentido de la nueva globalización, lo que nos permitirá a su vez el necesario redescubrimiento de América Latina, entendible –como se ha podido comprobar- cuando se ha constatado que los equilibrios de poder en la región se han alterado.

Quizá ningún reflejo de dicha alteración más evidente que la que se da en los países habitualmente enfrentados: Argentina-Chile o México-Brasil, por ejemplo. Veamos este último caso en el producto bruto de toda la región, es decir, en las dos economías más grandes de toda la región.

El hecho en concreto es que estas dos economías, distantes durante siglos, han decidido unir sus esfuerzos en un mutuo intento de acercamiento y mutua colaboración. El 26 de mayo de 2015, la mandataria brasileña Dilma Rousseff inició una visita de Estado para rubricar dicho acercamiento: “Brasil y México, las dos mayores economías de Latinoamérica dijeron que los países con la población más numerosa no podían vivir alejados el uno del otro. Es el momento de un nuevo acercamiento”. Y Peña Nieto,

presidente de México corroboró: “Hoy damos un salto cualitativo en nuestras relaciones, subimos en el escalón y abrimos un nuevo horizonte. Nuestras economías son complementarias y representan los dos mayores mercados de América Latina”.

Un referente inexcusable del proceso de globalización que estamos estudiando es el acercamiento a China; en otras palabras, el proceso de globalización no se limita solo a la interferencia entre los países latinoamericanos propiamente dichos, sino que está afectando a la ubicación planetaria del continente, que se acerca vertiginosamente al sur del continente asiático. El centro de la cultura mundial que antes era civilización atlántica se está desplazando hacia el Pacífico, debido a la multiplicación de las relaciones con China.

El intercambio entre China y América ha crecido enormemente durante el siglo XXI multiplicándose las visitas políticas de alto nivel entre ambas partes, al mismo tiempo que el comercio bilateral entre ambas regiones se ha multiplicado por diez, hasta llegar a los 263.000 millones de dólares; los préstamos de China a la región alcanzan los 22.000 millones de dólares en 2014, aportando sumas muy superiores a las del Banco Mundial.

El problema es que las relaciones culturales no alcanzan el nivel previsible a dichas cifras y solo las Embajadas están apostando en esa dirección. Solamente México ha alcanzado cifras de nota, con las 235.000 personas que visitaron en Pekin la exposición sobre la cultura maya. Únicamente Pekin o Shangai han alcanzado cifras aceptables, y el esfuerzo debe llegar también a otras ciudades.

Quizá sólo en este aspecto el gigante asiático ha alcanzado cifras aceptables a través de la red de institutos Confucio donde se enseña el mandarín. Esto hace que la cultura china se haya convertido en Soft power digno de nota, reflejado en el interés de los chinos por el cine, la música, la historia y la gastronomía latinoamericana.

Esta breve descripción del acercamiento entre la cultura china y América Latina no debe hacernos olvidar casos puntuales muy significativos. Por ejemplo, la presencia china en Perú, que viene a constatarse al menos desde 1854. La investigadora francesa Isabelle Laussent-Herrera constata que entre 1849 y 1874 unos 100.000 chinos inmigraron a Perú, muchos de los cuales se nacionalizaron en el país de acogida. Sin embargo, la demografía real de chinos en Perú es difícil de establecer, porque muchos de ellos inmigraron de manera ilegal. El hecho concreto es que en los listados de inmigraciones aparecen muchos apellidos chinos y se habla incluso de cifras cercanas a los cien mil.

La presencia china en Perú es tan importante que se ha llegado a fundar una Asociación Peruano-china, dándose la circunstancia que entre ellos abundan los que han creado restaurantes muy apreciados, a los que se alude con la palabra “chifa”; se ha empleado también la palabra “tusán” para referirse también a los descendientes de chinos y la agrupación de ellos se han constituido en barrios étnicos muy significativos (San Borja o Surco, son nombres bien conocidos), donde se vende bambú o se realizan las danzas del dragón.

Naturalmente, esta presencia oriental –a veces japonesa, como la de Fujimori- ha puesto de manifiesto una especial importancia del Océano Pacífico en el futuro de América Latina.

El hecho es de gran trascendencia pues pone de manifiesto como la globalización está afectando al lugar de América en la escena planetaria, revalorizando el valor cultural del Océano Pacífico. Como ya dijimos anteriormente, se está produciendo un desplazamiento del continente americano hacia Oriente, lo que cambia su ubicación en el conjunto de la cultura mundial.

Este cambio no sólo está afectando a las relaciones de los países americanos entre sí, sino, como ya vimos, al mismo lugar del continente americano en el conjunto del planeta. Y es que, como no podría ser menos, la globalización tiene efectos planetarios de primer orden. En resumidas cuentas, el continente americano –una parte de la cultura occidental- está dejando de algún modo de ser tal para hacerse más oriental. En otras palabras, al orientalizarse se desoccidentaliza, al menos hasta cierto punto. He aquí una cuestión capital.

El proceso que estamos analizando por el que el Océano Pacífico adquiere un protagonismo cada vez mayor en la economía, comporta un peligro indiscutible, y es que China adquiere un dominio absoluto en el mar citado. La perspectiva de que esa viabilidad está en juego ha sido muy bien advertida por Barack Obama. El Presidente de Estados Unidos se ha apresurado a aprobar un Tratado de Asociación Transpacífico en el que quedan integrados doce países que aceptan el patronazgo de la gran potencia del Norte; entre ellos, por citar sólo a algunos de los más importantes: Australia, Japón, Canadá, México, Nueva Zelanda... Se trata de un golpe geoestratégico para que la globalización no se le escape de las manos. No cabe duda que estamos en un proceso de reestructuración de la escena mundial, y así lo ha entendido Obama, que incluye en el proyecto países integrantes de la tradicionalmente llamada América Latina: México y Perú, por ejemplo.

En realidad, lo que está ocurriendo en América no es sino una versión de lo que está ocurriendo en el resto del mundo. El efecto de la globalización está repercutiendo enormemente en las relaciones entre Europa y el Próximo Oriente, y de aquí los problemas derivados del islamismo y de la yihad, que no es objeto aquí de nuestro análisis. Limitémonos, pues, al tema que nos ocupa.

El hecho, como ya hemos indicado, es que la globalización está afectando profundamente al tema de América, y no solo por el desplazamiento descrito sino por el modo en que el continente en su conjunto lo está asumiendo.

El punto concreto a que nos referimos es que la dicotomía que tanto afectó al continente durante el siglo XX, según hemos descrito en páginas pasadas, ha dejado de tener sentido en el siglo XXI. Hoy ya no distinguimos entre hispanidad y anglomanía, sino que privilegiamos el continente como una unidad. La americanidad ha adquirido sentido

propio y se siente como un valor en sí mismo, con independencia de la lengua que hablemos.

Hablamos inglés o español, no por la importancia que tengan, sino por la adscripción existencial en que nos situamos. Es verdad que el inglés sigue siendo una lengua de comunicación universal, pero no es menos verdad que la lengua española ha adquirido por sí misma un valor cualitativo de primera importancia. Reafirmamos aquí lo que ya dijimos antes sobre el realismo mágico y la existencia de un nuevo mundo universal al que llamamos Macondo. Se da así la circunstancia de que lo anglo y lo hispano conviven con mutua armonía y comprensión, haciendo de esa realidad lingüística una manifestación palpable de la globalización. Estamos enfrentado de este modo a un redescubrimiento de América Latina que origina una nueva americanidad, en su conjunto. Es obvio que desde este redescubrimiento se imponen nuevos criterios y valores que tendrán que ir desvelándose en el futuro.

Al finalizar este ensayo sobre el cambio en la imagen de América Latina, así como de su ubicación en el planeta, nos parece relevante poner de manifiesto la necesidad de una nueva implicación de España en su decurso histórico. Es evidente que nuestro país no puede permanecer ajeno a dicha evolución, sino que tiene que ofrecer nuevas perspectivas, apoyándose en la escala de valores que ha defendido siempre la identidad entre lo español y lo americano. Ambas dimensiones deben permanecer unidas en un futuro compartido, dando sentido a lo que sin duda ha de ser un mundo nuevo.